

*caballo de las horas*

*poemas*

*Ebel Barat*



*Ebel Barat*

*caballo de  
las horas*



ISBN N° 987-43-4947-6

© Ebel Barat

Editorial Ciudad Gótica

Santa Fe 1261. 1°. Of. 123 - Tel. 0341-4400681 - 2000 Rosario

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Correspondencia con el autor:

Iturraspe 3806 - 2000 Rosario

Fotografías y Diseño general: Eduardo «Waldy» Tappari

Primera edición: Agosto, 2002

Prohibida la reproducción total o parcial  
por cualquier medio visual, gráfico o sonoro  
sin la expresa autorización del autor.

## *Prólogo*

Convencido que un prólogo nada agrega a un libro de versos y que el lector saltará sabiamente, insisto sin embargo con un empeñamiento digno de mejor causa tal vez con el secreto anhelo de incitar a otros a la lectura.

Según Borges dejó escrito, el destino de un poeta puede ser diverso. Puede legar a las generaciones venideras un verso perfecto, puede ser pasto del más inclemente olvido o puede dar una idea del hombre que lo escribió.

Si me fuera dada la virtud de poder predecir más allá de la conjetura, creo que el destino de Ebel Barat es el último.

Su poesía es un muestrario de su sensibilidad atenta a todos los paisajes, a todos los dolores, a todas las injusticias, y a eso tan olvidado hoy: la ética.

Ni conceptualismo ni minimalismo, ni pretendido objetivismo posmoderno: su poesía hunde las raíces en la greda más productiva porque es aquella que se mezcla con las piedras pero también con el humus más fértil.

Resulta casi un milagro en este tiempo de deserciones miserables donde todo ultraje tiene lugar, encontrar un espíritu que sin pudor apuesta a los ritos queribles, elementales, pero por eso mismo imprescindibles de una sociedad de hombres y mujeres que se precien de un ideal de justicia y belleza.

Como todo poeta auténtico Ebel Barat escribe a cada lector como si fuera el único, se dirige a cada mujer y a cada hombre como si fueran los únicos sobre la tierra que pudieran descifrar ese mensaje; logra que entre la mano que escribe y el ojo del lector se ponga en movimiento un tejido invisible. Ese tejido expresado en símbolos, que puesto en movimiento logra el milagro renovado en cada lector y en cada lectura; como si fuesen los únicos y a la vez los primeros.

Lector: estos versos me han conmovido, si usted lee este prólogo, entre a ellos como un recién nacido y algún día me lo agradecerá.

*Jorge Isaías*

Habré visto  
cómo se estiran las horas,  
cómo saltan y se esconden  
dándole vueltas al mundo.  
Habré contemplado  
cómo me evitaban en las tardes  
tironeando de los árboles,  
tapándose en las sombras,  
deslizándose por los troncos  
con su ropa de luces.

Habrán ido inclinando  
mis paredes y mis calles,  
dándole únicas palabras a la tierra,  
a cada puerta, a cada madriguera.  
A los pueblos de los hombres,  
a los pueblos del pasto y de los pájaros.

Seguirán estirándose  
más tersas que el aire,  
cubriéndolo todo con sus mantas de humo.


Volveré,  
acaso,  
donde le dije aquel  
cómo amarla.  
O donde a vos te dije  
mi cómo amarte.

O acaso a las cubiertas  
que ondean sus colas de agua.  
A las cubiertas donde bebí,  
donde aún beberé con mis amigos  
el vino rojo, y el azul y el viento.

Habré sido el caballo de las horas,  
yendo y viniendo,  
de la batalla al beso,  
de la transpiración a la risa,  
de aquel "Panjim" a mi colchón en "Las Aguadas".

En cada hora habré cedido,  
desde los tambores del pecho,  
desde las alforjas de las costillas,  
las frutas y el pan,  
el manantial de la voz,  
las palmas listas y succulentas.

Con todas las horas seguiré jugando  
hasta encontrarla.  
Hasta esa hora morena  
que me lo susurre al oído  
y yo me acueste en ella  
en su crepúsculo,  
en su suave molino nocturno.



Entonces me iré,  
girando para siempre,  
hasta que algo de lo que fue mío  
se levante  
y vuele  
con los hijos de esa hora.



## II

Tengo una mujer.  
Completamente.  
Tanto la tengo que soy con ella  
sin dejar de serme.  
Esta mujer duerme entre mis brazos,  
en paz,  
copiando los accidentes de mi cuerpo.

Repite serena su respiración constante  
y mi felicidad es eterna  
entre el elevarse y retraerse de su pecho.

Es como un junco  
flexible y delicada.  
Navegable  
como un junco.  
Quisiera compartir esta cintura  
de finas cuerdas paralelas.  
Lo que en mi alma hace su cintura.

Duermen sus ojos afilados,  
su boca redonda, tan extendida como alta.  
Sólo su nariz se aplica  
a la rutina mínima del sueño.



Esta mujer ha hecho su amor  
y ahora la acomete un sueño puro.  
De liana laxa y oscura.  
Ella me ha hecho su objeto  
revistiéndome de mórbida gracia.

Contemplo sus costillas leves subiendo y bajando,  
su boca durmiente y santa,  
su cara ceñida,  
las columnas de sus pómulos  
sosteniendo su hermosura.  
Todo acontece en la perfecta eternidad  
de los senos como cejas  
exhalando su perfume iluminado.

En esta mujer ya nada deseo.  
En esta mujer me inicio  
y me liberto de mí.

Porque ahora en ella,  
a través de ella,

sencillamente,

instantáneamente pasa  
toda la vida  
sobre toda la muerte.

### III

Julia es alegre.  
Pasa por mi ventana  
los martes y los sábados.  
Es un pimpollo negro disparado,  
un apretado tulipán de tallo duro.  
Corre y corre.  
Da la vuelta al mundo en tres días  
y sus largas piernas cimbran  
cada vez más tensas y más verdes.  
Me gusta cuando canta  
intensamente frente al agua  
como un cachorro alegre.  
Cuando hunde su voz saltarina  
en el contrabajo del agua  
y sobre el humo  
de su devota marihuana.

¿Qué hará Clarisa?  
¿Estará también ahora  
batida entre sus perros y sus gatos?  
¿Les estará difundiendo como siempre  
esa dulzura poderosa  
desde sus ojos definitivos?  
¿Andará metida como siempre  
en un largo cometa de perros  
agitando la asamblea  
de los paraísos  
que bailan el otoño?  
¿A quién sorprenderá de un salto  
con sus gruesos besos extendidos?

Y Laura.  
Seguro que esperando.  
Copiando con su largo costado amarillo  
los cálidos estantes  
de su roca de sirena.  
El sol la estará escuchando fascinado.  
Irá a rodar a una de sus uñas,  
allí,  
sobre los pies lejanísimos y blancos.

Es bueno echarse al sol con Laura,  
abandonarse a su trabajo mudo.  
Saber que no habrá rastros  
pensando en esa voz  
que aún no le conozco.

Yo le permito al pensamiento  
que hojee compañía.  
Que ponga un ladrillito sobre el otro.  
Que se detenga en los llamados,  
que bucee en las erratas.

Pero a mi amor  
no.

No a mi amor  
que está guardado bajo llave  
en un cajón de sangre dulce,  
en una gruta de lana,  
en una panza de madre.  
Mi amor apenas procura no morirse,  
sólo por si vos  
alguna vez  
venís a buscarlo  
y te lo llevás para siempre.

Melting eyes.  
(Aranjuez)

Teje la música  
su escalera de flautas.

Altas y sinuosas.

Lenta escalera de latidos que retumban.  
Embriaguez espesa.

Peldaños de lágrimas y guitarra.  
Golpe de besos  
y el mar descomunal  
que como un monstruo miedoso  
separa nuestras lenguas.

Curvé sobre tu boca  
los labios de mi abuelo.  
Solté sobre tu boca  
un pájaro que batió sus alas  
en los labios de mi hijo.  
Escoltaron ese espacio  
los labios de mis hermanos.

Todo lo que soy te besó  
y vos te dabas hasta la última gota.

Todo lo que soy comulgó en tu cuerpo  
que abandonaste como un detalle  
inclinando la mirada.

Y ahora el océano indispuerto quiere prohibirte  
con su inútil estatuto  
de olas y distancia.  
Pero el signo filoso de la sangre se dispone  
hacia el aire como un rayo  
para burlar con pies de pluma,  
para burlar la sal totalitaria.

Arranca su trabajo  
de soldado puro.

Asciende con la música.

Entre nosotros  
se frotan los fósforos del aire.

Y nos van amarrando con la fuerza  
de estos tensos  
compases  
desatados.

¿Por qué será que aún elijo  
esas figuraciones  
pequeñas  
como dos castañas asadas abriéndose en tu pecho?  
¿Por qué a la columna frágil de tus costillas  
quiere todavía  
rozar mi nariz primero?  
¿Por qué aún hablo de tu boca,  
cuando un terremoto  
desmorona  
tantas oraciones a la boca?

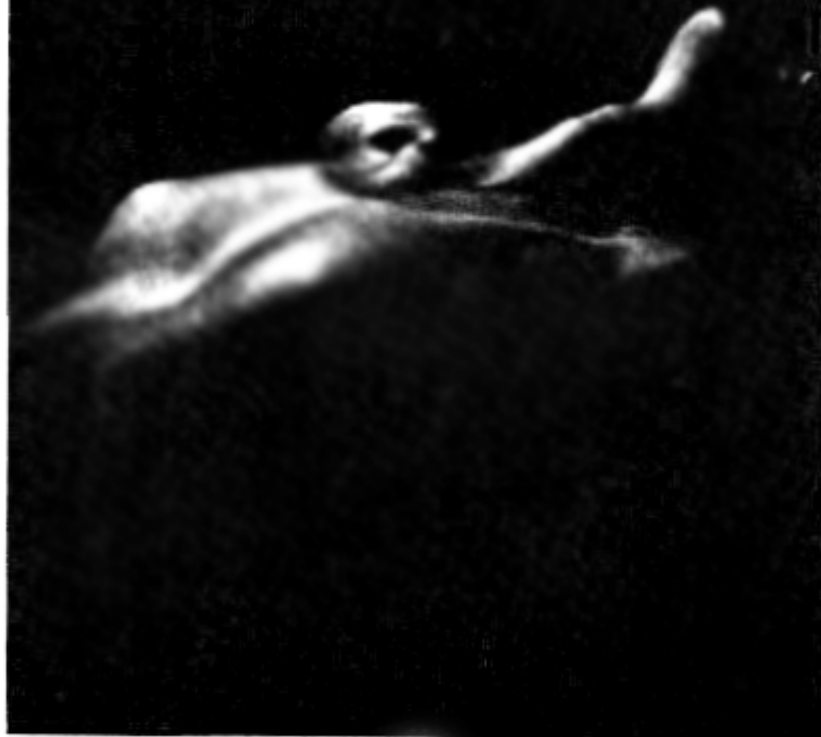
Yo me afirmo en las cosas que te elijo  
como me afirmo en el color azul  
o en el número cinco  
o en encender el fuego con la leña.

¿Pero, por qué  
la imagen de los dedos  
es tus dedos livianos  
que encuentran teclas dondequiera?  
¿Por qué el espectro de tus manos  
fulgura en mis toallas y mis ollas?  
¿Por qué me pongo triste  
cuando no te importan mis nogales?



¿Y por qué  
vos siempre me esperarás  
con ese tesón de grillo,  
y a pesar de mi  
yo te extraño

si ya nos hemos amado  
más que suficiente?



Prisionero  
del áspero cigarrillo,  
de esta ausencia  
que desprecia las palabras,  
asisto al derrumbe de la tarde.

La tarde se desmorona  
como un pulpo muerto.  
El miedo agota los nogales,  
le cierra la boca al río.  
El miedo desgrana el alma,  
detiene sin ninguna ceremonia  
el corazón en las hojas  
y al viento adormecido  
que no viene a buscarme.

Prisionero  
de esta libertad de plomo,  
de este infinito sin ojos,  
de estas alas de vidrio.

Y los libros desparramados  
sólo miedo repiten  
y los pequeños oficios  
y sus vanas rutinas.

Gira el miedo  
desvaneciendo mis nudillos,  
licuando mi garganta.

Y yo todavía no me atrevo  
al conjuro de nombrarte.

Anduvo en la calle el niño,  
Cara redonda y ojos de niño,  
el niño.  
Anduvo en las calles de la ciudad pobre  
parda, húmeda,  
vacilante,  
uterina, terrestre.

Anduvo su paso serio.  
Su adusto paso inconsciente.  
Vendiendo del sucio cajoncito blanco,  
anduvo su paso el niño.  
Relojes, encendedores, biromes.  
Baratijas consignadas,  
anduvo vendiendo el niño.  
Consignadas por el padre  
feo y flaco que no habla  
y que a veces pega.

Llovió y llueve en la ciudad pobre.  
Llueve como ablandándola,  
como poniéndole aceite tibio a los cordones  
y al asfalto.

Llovió y llueve sobre el pelo brillante  
y negro del niño  
y sobre su nuca transpirada  
y sobre sus pies arrugados.  
Llueve sobre el niño  
sobre su capa de plástico sucio.  
Sobre la capa que se ablanda  
como se ablanda el niño de lejos.

Llueve sobre el pasillo ruinoso  
donde se detuvo el niño,  
donde contempla su cajón de madera,  
donde contempla el vacío  
de afuera y de adentro.

Entonces llega la niña.  
La niña que no lo mira.  
Llega y se detiene en el pasillo ruinoso y meado  
la niña,  
y se sienta.  
Y no contempla el vacío  
de adentro y de afuera.  
Y no contempla su cajón amarillo y sucio.  
Apoya su cabeza de niña, la niña  
sobre el hombro del niño.  
Del niño que cuelga la calle en sus ojos.

Apoya el cuerpo tapado por la sucia  
capa de plástico  
sobre el cuerpo tapado del niño.  
Cierra despacio los ojos  
y se duerme la niña.  
Se duerme en el pasillo meado,  
se duerme en la lluvia  
que ablanda la ciudad pobre,  
nocturna y paciente y frutal y podrida.

Se duerme la niña en la lluvia.  
En el niño.  
Y mientras se lava la noche  
con las ubres llenas del día,  
se ablanda el pasillo ruinoso  
y la figura estancada del niño.



Llueve vertical, llueve en el presente,  
llueve sobre el pasado y el futuro,  
en la calle, la mugre y ese muro  
de la oscura ciudad indiferente.

Llueve sobre la niña de un puñado  
solamente de años que se tapa  
con el plástico sucio que no escapa  
al trabajo del frío solapado.

Llueve sobre la niña que fatiga  
un sueño rudo echada sobre el hombro  
del niño guarecido en el escombros  
del pasillo meado y de la viga.

Del niño que ha agotado la jornada  
en arduo caminar y en poca venta.  
En su plástica capa y en su lenta  
manera de esperar la madrugada.

A su lado en la caja de madera,  
pende la consignada baratija.  
Penden en su mirada que se fija  
la lluvia y el vacío de la acera.

Va extendiendo la noche los instantes  
de la lluvia en los niños que se hermanan  
en la ingenua pobreza que profanan  
la tristeza y sus gotas incesantes.

Va entregando la noche su rutina  
con la leche del alba derramada  
en la lluvia distante y macerada  
que aleja a los dos niños y a su esquina.



De las heridas gargantas del gallo  
hasta las brasas alargadas del pasto.  
Desde el agua hasta el vino,

vos  
y las estatuas que no supe fijar  
con tu respiración cuando dormías.

Vos y tu boca dormida  
regustando el caramelo  
que las lenguas habían estirado.  
Y la alegría que chorreaba el sol  
desde tus tetas en las auroras.  
Y tus piernas civilizadas  
que ya no son más  
dos tibias paredes sin puertas.

Vos,  
lágrimas de ámbar y fiebre  
que yo pateaba  
para que no las vieses.  
Vos y tu sangre  
que no entendía  
cuando la arrancaban de su casa,  
cuando la chupaban de sus cauces,  
en medio de los vidrios y la escarcha.

Vos que te vas,  
que no quiero conocerte  
por ese arroyo claro  
que te estará esperando.

Desde las gargantas del gallo  
hasta la tarde salada y opaca  
vos  
y la pena.

El trabajo, vos y la pena.

Los libros, vos y la pena.

Vos,  
amarga  
amada  
desde los gallos del frío  
hasta la almohada del frío

El calendario  
hoja a hoja,  
sol a estrellas,  
fue cambiando sus vestidos.

Juntos encendimos  
en la casa  
las ventanas de los días.

Todavía rozan los detalles:  
tus manos sobre mi ropa  
tu abrazo por la espalda  
y el lamido del beso  
y el deseo  
templando su líquidos acordes.

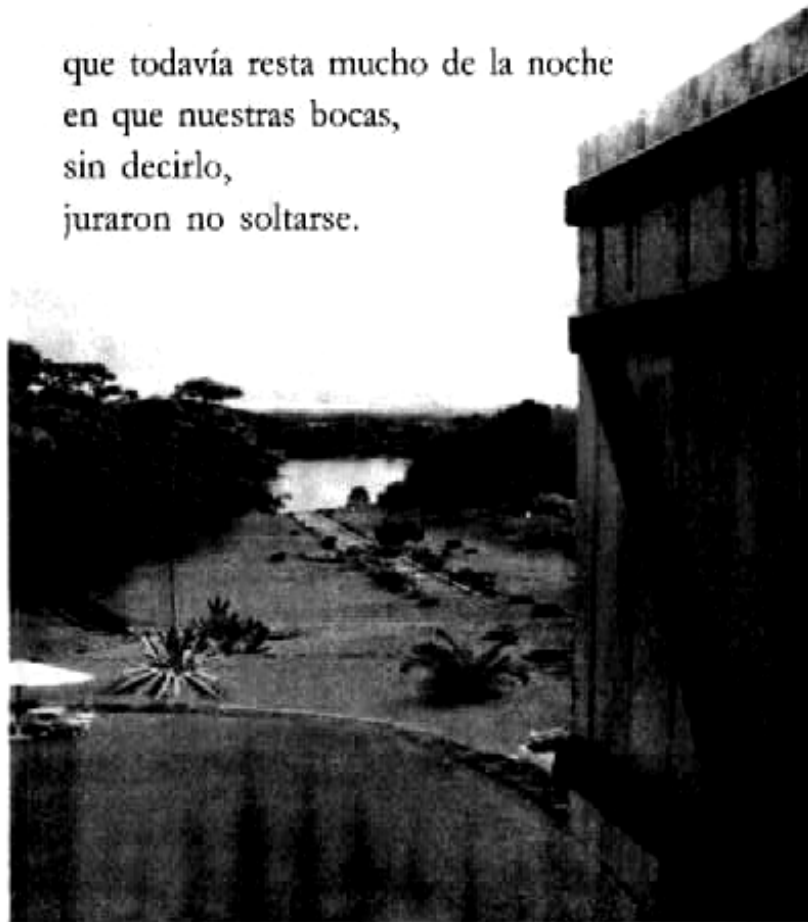
Pero también  
roen la memoria  
a veces  
aquellas auroras de cuervos,  
aquellos atardeceres de estaño.

Sin embargo, amor,  
como verdaderos hermanos  
seguimos clavando nuestra reja.

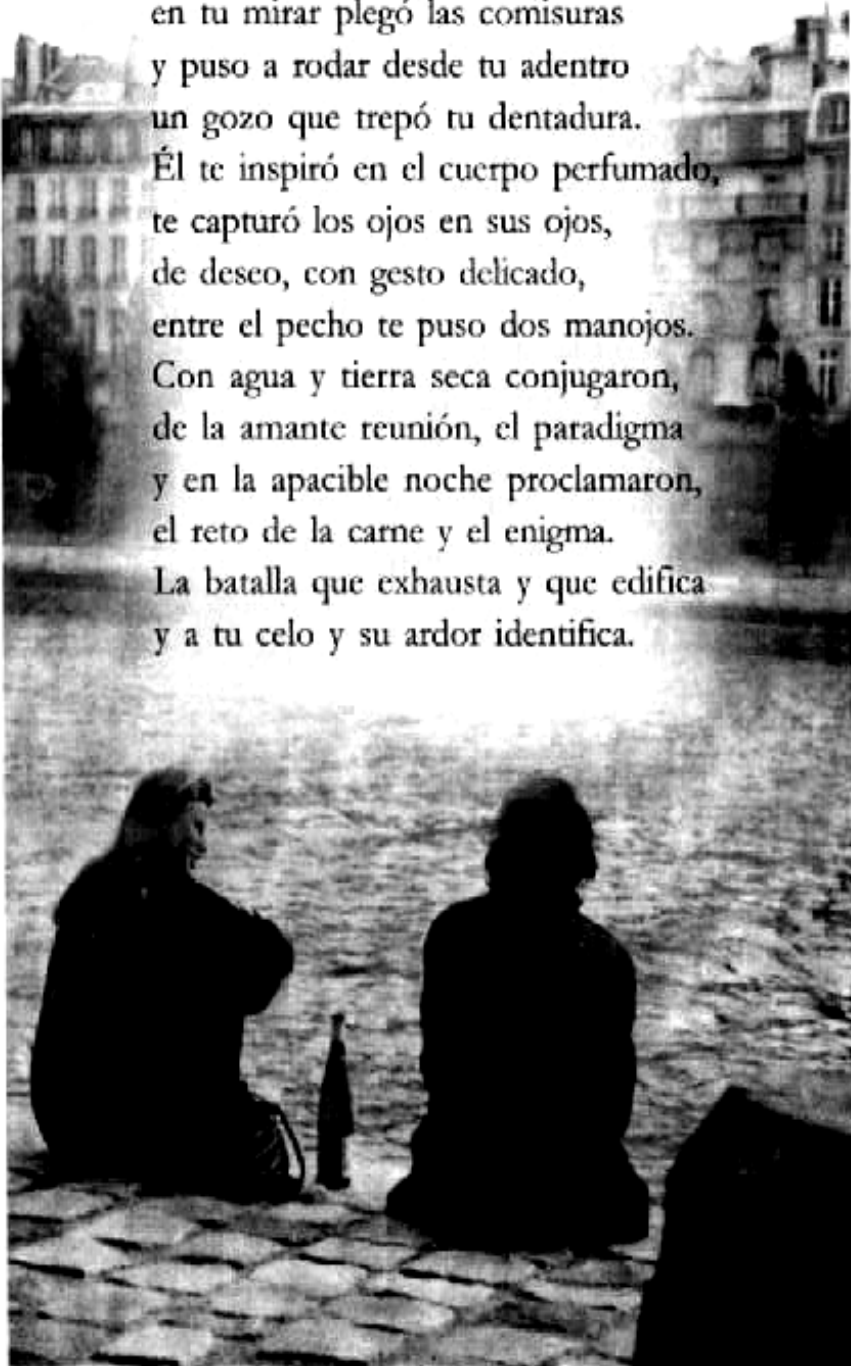
Que empuje a la herramienta  
en la amarilla geografía  
este rudo ardor de campesinos.  
Por el instante  
sustanciosamente bueno  
del trigo sazonado.

Cavemos con la sangre,  
plantemos nuestras uñas

que todavía resta mucho de la noche  
en que nuestras bocas,  
sin decirlo,  
juraron no soltarse.



El asombro jugoso del encuentro  
en tu mirar plegó las comisuras  
y puso a rodar desde tu adentro  
un gozo que trepó tu dentadura.  
Él te inspiró en el cuerpo perfumado,  
te capturó los ojos en sus ojos,  
de deseo, con gesto delicado,  
entre el pecho te puso dos manojos.  
Con agua y tierra seca conjugaron,  
de la amante reunión, el paradigma  
y en la apacible noche proclamaron,  
el reto de la carne y el enigma.  
La batalla que exhausta y que edifica  
y a tu celo y su ardor identifica.



Hubo aquella noche proyectado  
en nosotros su rito de caricias  
y tendió nuestros fulgores en el prado  
triplicando el amor y sus delicias.  
Susurraba aquel aire los secretos  
que la acerada noche remitía  
a los ojos felices y discretos  
y a los labios hambrientos decidía.  
Tres veces la pastura bienechora  
acogió nuestra alianza consumada,  
por tres veces el agua arrulladora  
dio reposo al amante y a la amada  
y ya urdió una sonrisa de añoranza  
aquel cielo y su afable luna mansa.

## No me enojo

Mestiza insoportable  
voy a morderte ahora  
a apagarte esa voz  
a quebrarte esa flecha  
que no declina en tu ojo.

Estás mercediendo un azote  
mestiza  
de frío furtivo  
de pétalos ásperos.

Es suficiente. Basta  
de tu arrogancia indomable,  
de tu tonante reclamo.

Si ya sabés  
que en la frontera de tu hambre  
estoy siempre de guardia.  
Que sólo a vos te nombro  
en la cumbre de mi esfuerzo.  
Que con el fuego negro de tus ojos  
escribe la tinta de mi alma.

Por eso  
insoponible mestiza  
con esta mordaza  
de lana y de luna,  
de pluma y de fierro  
voy a cerrarte la boca.





¿Cómo?  
¿Cómo darle batalla  
a la lámpara de azufre,  
a la red implacable de fuego  
que te está comiendo  
justo en medio del cuerpo?

Tu cuerpo,  
que nació a la hermosura  
como una cachorra de tigre.  
Tu cuerpo  
contra una sangre de dientes podridos,  
rajando las puertas de su herida.

Tu cuerpo que busca las escaleras del viento  
para subirse a la mañana.  
Tu cuerpo inclinado  
sobre el malecón de mi abrazo.

Eso es lo que importa.  
Tu cuerpo traicionado  
por la más alta voz de la mentira.  
El orden de las malignas estatuas  
que tarde quebraron sus frentes.

Ese manto que llora debajo de tus párpados  
con lágrimas amarillas.  
Eso es lo que importa.

Que el médico ensaye su fortaleza.  
Que los largos dedos de la médica  
rescaten los limpios frutos blancos.  
Que encuentren la esmeralda.  
Que incineren la medusa  
que te manchó la cama.

Y a mí me buscaste,  
pero yo te buscaba.  
Para desagotar esa lágrima alzada  
que solamente yo pude verte.

Detrás de mí  
partiste en dos la música,  
dividiste la noche,  
justo allí,  
quieta y lejísimo de todo.

A mí me esperabas.  
Pero yo te esperaba.

Y no hicieron falta más que tres pasos  
para desteñirle al tiempo  
su día y su noche.

Hacia mí  
tu lerdo dolor,  
la sangre en tu boca,  
tu cintura que no tembló nunca.

A mí el látigo blanco  
que cruza el océano  
con el nombre de la escarcha.

Y yo a vos  
en la corona de la noche,  
comprimiendo el perfume.  
Pulcramente juntos,  
para aniquilar lo que quiere traicionarte  
hasta el último maldito.

Por tu cuerpo.  
Eso es lo que importa.



No entiendo.  
No  
entiendo  
cómo  
con esta manera de amarte,  
con esta  
tempestad  
del pensamiento  
que ladra  
de dolor,  
con  
este ruego  
implacable  
y con  
estos  
ojos condenados  
no te estalla un grito  
allí  
en tu distancia  
terrible.

Abandonar esta patria en harapos,  
este exhausto rastrojo de sombra,  
triste  
como una gotera.

Marcharme sin olvido.  
Ser valiente  
y vivir sin su madera,  
sin su aroma de ocaso.  
Sin la requemada comarca  
de sus ojos oscuros.

Todo,  
por caminar vacilando  
el confín de tus palabras.  
Para ser aceptado  
por la blanca aduana de tu boca,  
y la niebla amarilla de tu pelo.  
Por esa belleza de muérdago,  
púrpura y puntiaguda.  
Por tu mano diferente  
inclinada en la vajilla.  
Y tu manera de dormirte,  
distante, callada,  
como una madreperla.

Todo para elegirte  
sin olvido.  
Y aún tragarme el aguardiente  
del dolor en una foto.

Y por fin,  
hacia el sol abierto  
de tu siesta gentil y diferente,  
atreverme sin maletas.

Está  
en la frescura que levanta  
el susurro de los árboles,  
en el humo del alba,  
en olas de lino,  
en versos de estambre.  
En el hueso puro del día  
cuando enciende su blancura.

Está en el agua ultramarina,  
en el espeso caudal del sol.  
En las roncadas bocinas de los puertos,  
en el acero silencioso  
de los pájaros crepusculares.

La siento  
templando el ápice del cedro  
o escurriendo su caricia  
de luz sobre las piedras.  
En la tristeza que se estira  
en la lengua de una flauta  
o en el tenso filón  
que se enciende en dos miradas  
y que tañe la certeza  
de los dedos desnudando.

La sé  
entre el viento y el vértigo  
que se persiguen girando.  
Nerviosa y preñada  
como el ritmo de la cobra.  
Con autoridad de trueno,  
indignada como un rayo.

Sé que huye del claustro  
de las flores oscuras,  
del cincel del fastidio  
inclinado en su fardo de sangre seca.

Ella se escurre siempre.  
Busca el filo de la noche  
donde deja caer los párpados  
y sonrío  
su belleza.



## XVIII

### Nueve claridades

Entre corolas  
un picaflor va proclamando  
sus voltios tornasoles.

Mi niño doblega  
cerca de la cascada  
el estatuto del agua.

Al darte vuelta supe:  
en la raíz de tu espalda  
la lealtad de mi boca.

¡Qué alegría!  
sobre la rebanada de pan salteado  
la precipitación del perejil y el ajo.

*Garrocha*

el límite descarga  
en la cumbre del salto  
toda su belleza.

El asombro  
se les prende a los ojos.  
Ellos se están amando

El confín de tu cintura  
como sol de madrugada  
suelta lumbre hacia la altura.

Se lanza amarilla  
la dulzura acumulada  
en los panales.

No me llames  
porque mi encaminado corazón  
busca un atajo hacia tu pecho

## Hagamos un viaje

Billetes, ropa, perfume  
y una locomotora en el aire.

Hora de partir, mi amor.  
Hora de darle espacio al mundo,  
al mundo de la mirada innumerable,  
de los bosques rezando.  
Al sudor de los barcos,  
a la sangre de los ríos  
y a la lluvia  
que siempre se pelea con tu pelo.

Hora de unirse,  
de izarse al viento  
para que propague su alegría,  
de transfundir la primavera  
a las clavijas de la risa.  
De reponerle al mar  
su olor de almeja.

Crucemos, si querés,  
a todo galope ese meteoro.

O si querés  
tendámonos.  
Porque también estoy seguro  
que en las hélices del reposo  
desfilarán países y mercados  
y el hombre  
cincelando sus estatuas  
y el hombre  
desenrollando sus caminos.

Recolectemos con las manos  
los amables frutos de este viaje.

Sobre el golfo soleado de tu seno,  
yo.

Y vos  
con mis riendas de agua  
sobre el pescante de las olas.



Buzios V.F.

Yo venía procurando  
esta lluvia en la tarde.  
Yo quería fascinarme  
en su rueda vertical,  
en su trance oloroso.

Pero ahora sé  
que a vos te buscaba,  
que vine a invocarte  
en sus gajos de silencio.

Debajo del tejado,  
debajo de este ahora,  
lento,  
como una partida  
se va suspendiendo la tarde.

¿Ves cómo moja el mar la lluvia  
y el camino rojo  
que dobla y se eleva?

¿Lo ves?  
Sobre la pantalla espesa del agua,  
delante de la costa,  
se está tramando tu imagen.

Es tu tiempo  
ahora,  
sobre estas playas pequeñas.  
Es el tiempo que abrigan para vos  
los sordos vegetales temblando.

Para vos estoy dispuesto,  
transido como un monje,  
aplazando el deseo.

Quiero que pronto  
se descargue tu peso,  
que interrumpas el espacio.

Quiero que soples tras la lluvia.

Porque los días ahora valen  
sólo por esperarte.

Fueron remos de naufrago.  
Fue sed de tristeza.  
Todo fue una afiebrada primavera  
de hojas candentes  
de hojas dolorosas  
que chorrearon gotas de plomo.  
Un adverso caballo  
sordo y sin freno  
al que yo fui amarrado.

Y vi pasar el cielo,  
vi el chorro de estrellas  
perderse para siempre entre mis piernas.

Fue triste dormirse  
en los brazos que cesarían.  
Es triste despertarse  
frente a los guantes de la soledad.

Yo fui amarrado de espaldas  
al caballo que temían los jinetes.  
Una estrella negra  
se posó sobre mi boca,  
se prolongó sobre mi boca.  
Y prologaron su dolor  
las hojas afiebradas  
de la desaforada primavera.



Fue triste acostarse  
en brazos que enmudecerían.  
Es triste recordar  
las blancas manos de la niebla  
enguantándose la ausencia.

Cayeron  
una tras otras las estrellas  
detrás de la nave que escurría  
latitudes del mar y los países.  
Páginas de ceniza  
daba vueltas  
cada sol de la mañana.  
El lento libro del rescoldo  
se fue apagando  
como un guerrero viejo.

Fue triste ser devoto  
de los brazos de otra tierra.  
Es triste recordar  
el abanico de sus dedos  
tapándole los ojos.

Yo fui amarrado de espaldas  
al caballo  
que tenían los jinetes.  
Y me abandono enamorado del espectro  
de una voz  
que no tenía que morir.

¿Qué puedo decirte  
de estas horas que cuelgan  
de la pared amarilla de las horas,  
de mis trabajos,  
de mis ampollas en las manos,  
de los caballos del miedo,  
del quebracho que me arde en el esófago?  
¿Qué de las esquinas  
que mi respiración ha entibiado,  
de mi risa,  
de mi comida olvidada,  
de los tragos que repiten su aspereza?  
¿Qué de los trenes transpirando,  
del olor a hierro mojado  
y el mal sueño en sus asientos?  
¿Qué puedo decirte  
de los geranios que no riego  
o del peso de las voces  
que se me apilan en el vientre?  
¿Qué de mis abrazos,  
de mi postura en la cama,  
de esta paz  
que siempre es tristeza,  
de este barco muerto  
que corta sus cabos,  
de esta musculatura  
que ha olvidado sus plegarias?

¿Qué puedo decirte  
de las fechas que se pierden  
como viejas monedas?

¿Qué,  
en un espacio sin aire  
que me arde en el esófago  
y me tapa la garganta?

Estoy corriendo.  
Hay pinos y cedros y paraísos.  
Las hojas de los paraísos están brillando.  
Yo lo sé pero no pienso en eso.  
No pienso en la pendiente del camino,  
desprolija como si viniera cayendo.  
Tampoco en el gramón ni en los pastos plateados  
que crecen donde se pisa menos,  
ni en las vacas bondadosas al sol  
lerdas y calladas.  
No pienso en la luz repleta  
ni en el calor o la fresca sombra.  
No sé de la temperatura o del tiempo  
porque son perfectos.

Lo perfecto es nada.  
Pero esa nada acontece en cada piedra,  
en esas piedras casi todas grises  
que huelen bien a sol.  
Ocurre en cada color, en cada algarrobo,  
en la constante savia  
que resplandece escondida.  
En los músculos de las liebres,  
en el universo de los músculos,  
en cada fogata, en su baile apremiante.

Yo supe después  
que la felicidad era eso,  
un correr,  
un ser corriendo.  
Un correr por completo.  
La felicidad no está en ahora,  
es ser corriendo con diez años.  
Un chico corriendo con diez u once años.

Parece que ocurriese en un antes  
como las hojas brillantes de los paraísos.

De ella se sabe  
en ese después,  
cuando deja un recuerdo claro  
y muchas deflagraciones minúsculas  
como burbujas de soda.

Yo estoy corriendo.  
No pienso en la pendiente,  
ni en la luz llena,  
ni en el rumor del río abajo,  
ni en mi madre que sabe y está cerca,  
que sabe  
y está cerca como una madre.

La felicidad es  
yo,  
yo corriendo.

La felicidad es un recuerdo  
que no tenía recuerdos.

Después lo supe.  
Después.

Después habla de tiempo,  
habla de pendiente que se desborda,  
de luz absoluta,  
de frío y de calor.

En aquella mañana tibia,  
en aquel correr  
que no pensaba en luz repleta,  
ni en hojas brillantes,  
ni en el río claro  
ni en el tibio polvo  
que levantaba descalzo.  
En aquella mañana que no tenía recuerdos,  
que no tenía nada

la felicidad era yo.

## Helsinki

Aquí no hay sombras.  
No procede tu sombra,  
no se abre paso.  
No hay siquiera trazas  
de ese nocturno follaje  
que siempre entabla tu aroma.

Aquí todo es blanco.  
Las palabras son blancas,  
niveos los tragos.  
Todos se pasan la máscara.  
Todo se echa en la espalda  
su comunitario abrigo de nieve.

Aquí no se moja el carbón  
con tu fuego en la mirada.

Y tu sombra sólo acecha.  
Yo sé que está acechando.  
Sé que me prepara  
su viejo cuartel de dolores.

Y aunque precedan agujones,  
tus caricias,  
surco esta meseta de ceniza,  
este frío extranjero

para arrancar  
la flor quemada  
en que se obstina tu veneno.





Por esta deuda  
que va ensanchando sus grietas.  
Por esta terca llovizna  
con que quiere chillar la derrota,  
yo me fuerzo buscándonos.  
Buscando ese amor que ha molido  
el lastre de las horas.  
Empujo una vez y otra  
la losa pesada del tiempo.  
Pienso en vos mientras muerdo.  
Pienso en vos desnuda,  
desnuda bajo esa losa pesada.  
Hago memoria en tus pechos,  
en tu cuello oscuro,  
en todo tu color oscuro,  
en la breve maraña que dobla debajo,  
en tus piernas,  
en tus pacíficos pies descansando.

Pienso en el transcurso del beso,  
en la luz de la saliva.  
En los desayunos  
y sus veredas fragantes.  
En el clamor de las hojas,  
y en el sexo seguro y orgulloso.

En el mar nocturno y sus temblores,  
en las lágrimas de la alegría.

Fuerzo esa voz y esa lengua  
donde anclaba la noche de calles de arena,  
donde se vertían  
la cerveza y las manos.

Sobre partes de tu cuerpo  
yo vertía mi ternura  
como si fueran animalitos  
y a cada una las amaba  
con nombre y apellido.

Tomándote la cara  
fuerzo todavía mis dedos  
como queriendo asegurarte,

Y así se descorre  
un día tras otro,  
mordiéndole el vértice a cada hora.  
Revolviendo  
con las palas de la duda  
tu rastro en mi memoria.

Ella habla apenas,  
es discreta y verde  
como los pinos en invierno  
o como el vuelo susurrado  
del tordo en el ocaso.

Ella acecha  
con dos tizones de acero,  
dos ojos mestizos  
como el sol del altiplano  
y guarda la noche  
en ese bastión inmenso.

Ella es salvaje  
y recia  
y pulcra  
como una rama nueva,  
como una raíz bajo el agua,  
como una flecha de hueso.

Sus besos abundantes  
se libran en mi boca,  
consistentes,  
mojados  
como un racimo borracho.

Ella ama igual que juega,  
comprometida como un soldado,  
alegre como una abeja  
y pudorosa.

Y cuando desentrañamos  
la resolución de la marea,  
entre lo alto y lo profundo,  
entre crecer y retirarse,  
entre la extensión del pecho  
y el coloquio de las piernas  
se ve,  
con claridad celeste,  
que ella está conmigo  
de todas las maneras  
y que yo  
la estoy amando.

Con ínfimas frescuras mis pulmones  
llenar sus alvéolos cuando cruza  
la delgada muchacha que no acusa  
mis ojos que le pisan los talones.  
Una hora de reloj me brindaría  
si pago su alquiler, me han comentado.  
Yo prefiero esperar encaramado  
que pase su correo de alegría.  
Prefiero verla caminar airosa  
larga de piernas, ligera de faldas,  
atarla a mi mirada sigilosa  
y entenderme mejor con sus espaldas.  
Porque el sol cuando pliega sus vidrieras,  
alumbra mi sonrisa y sus caderas.

No lo supe entonces.  
No advertí las cerraduras  
de ese último aeropuerto.

Vos lo sabías.  
Llevo tu desesperación acuñada  
como un retrato de aceite,  
reconstituyéndose infinitas veces,  
repitiéndote vestida de gris,  
mirándome,  
con las manos en los bolsillos  
sofocando las almenas de tus manos  
como una escultura en otoño,  
un árbol mojado y desnudo.

Cada vez que me detengo  
frente a los ásperos teléfonos,  
a las computadoras hostiles,  
sordas como el abandono,  
el reclamo vuelve a morderme  
por los átomos perdidos,  
por ese aire adverso  
donde está tu voz  
frotando las orejas,  
por esas espectrales sillas  
donde se posa  
cada uno de tus días.

He visto  
tu verde tierra desde el aire.  
He designado tu automóvil  
trepando las esquivas plateaduras,  
los lagos salpicados,  
los mudos caseríos.  
Me detuve a buscarte  
igual que aquella vez,  
cuando tu presencia  
se hizo panes tibios  
y mi mano, amarradero.

Vos lo supiste  
arrodillada en tu oráculo,  
en tu redondeada magia  
y levantaste tu cabeza  
mirándome  
con aquellos ojos polvorientos,  
aquella boca indefensa  
del invierno.  
No te encontraría.  
Lo declarabas  
con el alma silenciada  
de una planta entre las sombras.

Adusto como un funeral,  
parto.  
Me alejo renegando  
de los formularios de renuncia,  
de los párrafos de muerte,  
de las horcas para el canto.

Yo todavía,  
todavía más,  
espero  
la elegida claridad,  
el número escondido,  
que descubra  
tu nariz y tus bolsillos  
a la vuelta de una esquina.



El final del día  
sabe a tierra,  
al polvo salado de las cañadas.  
Se pega a la saliva  
con su sabor áspero de larva y hueso.  
Pesa el cansancio del final del día.  
Pesa de arrastrar su esqueleto repetido.  
Allí, un pajarito picotea el polvo.  
Picotea los granos de este final del día,  
en su carretera sin fondo,  
en su pueblo sin nombres.  
Resacas picotea el pájaro  
y es como si se fuera secando  
y no es siquiera un recuerdo.

Mientras se siguen precipitando cenizas,  
les pido a cuatro corazones que amo  
que tuerzan este final del día,  
de tierra y derrumbe.  
Les pido que quiebren su pulso de arena.  
Los llamo  
y empiezo a tensar un grito  
de cuerda que va a cortarse.  
Me arqueo  
como un pino llamando al viento.

Busco el soplo  
de los cuatro corazones que amo  
para arrancarme de encima  
las malsanas cortezas  
de este final del día.

Hay un hombre en la esquina,  
en la esquina de ahora.  
¿Lo ves?  
¿Lo estás viendo?  
El hombre del pantalón moderno y sucio,  
el de la roja campera oscurecida..  
Algo lo envuelve.  
Algo que se eleva  
y se ahoga en el cielo.  
Una emanación gris y gástrica  
como la momia del dolor  
huele y humea  
desde sus dobladas espaldas.  
Una precipitación de sangre rosa,  
de sangre moribunda,  
de nervios lastimados,  
de lágrimas de yeso,  
le cae desde la mojada cabeza  
hasta los pies perdidos.  
¿Lo ves?  
El del pantalón moderno  
y las vistosas zapatillas.  
El hombre que desangra su esperanza  
en un río de orina y lauchas.  
¿Ves al hombre que te digo?  
Esc que ya no sabe lo que busca  
entre la sórdida pitanza  
entre inmundas calorías  
entre los ojos enterrados  
de las bolsas de basura.

Estas horas.

Estas horas superpuestas  
repletas de agujas de cloro.

Estas noches de pesados silencios,  
de ojos nictálopes,  
de lágrimas oscuras.

Este tiempo  
sin tus pacíficas manos.  
Sin tu voz aclarándome,  
limpia  
como el sol temprano,  
la inteligencia de la risa.

Este tiempo rudo de esperarte,  
de emplazar labores,  
de coordinar meteorologías

Este tiempo en que te sueño,  
desandando tu mudez,  
sacudiendo mi teléfono,  
poniendo hora y día.

y aboliendo con tu "hola"  
la mezquina dentadura de la pena.

Ah dolorosa,  
te amo todavía.  
En estas letras feroces,  
apretadas y negras.  
Tatuadas sobre el papel  
que lo grita en silencio.

En estas letras tensadas,  
que en mil pedazos  
apenas  
no estallan.

Porque aún imploro  
el beso genuino  
sólo en tu boca.

Porque resignado  
a las estaciones del olvido,  
una chispa echa fuego a la hojarasca  
y restablece el aroma  
de tu piel de incienso.

Porque cuando la niebla  
da el último portazo,  
correría a contártelo.

No hay lugar, no hay manera.  
Aprieto los puños,  
estrello la indignación  
contra la mesa  
y no te llamo.

Alejate,  
para que este amor  
no nos destroce.  
Rondá,  
tejiendo a mis espaldas  
tu esencial enredadera.  
Esperá,

porque no tengo dónde extinguirme  
más que en tus brazos.

Tempestad en el mar.

¿Para qué se rompe el rayo con el agua?

¿Para que las noctilucas  
recambien sus linternas?

¿Para que el sol de abajo  
desempolva sus disfraces?

¿Para dispersar panfletos  
en la asamblea decorosa  
de los peces abisales?

¿Para amonestar la holganza  
del aire perezoso?

¿Para despertar de un latigazo  
a los dormidos aguaciles?

¿Para llevar consuelo  
a los poetas agobiados?

¿para anunciar con su clarín  
que se precipitan las legiones  
del océano de arriba?

¿Para poner en evidencia  
las torvas intenciones  
del escualo?

¿Para homenajear a los insomnes  
detrás de sus ventanas?

¿Para que resplandezca el negro  
en las gaviotas repentinas?

¿Para malograr la noche  
del elocuente mentiroso?



## Eastbourne

Mientras el translúcido pincel  
de la lluvia  
opaca las fachadas  
y sobre la mesa  
acomete su húmeda letanía.

Mientras los blancos edificios  
repiten sus farallones  
hacia el mar  
y las grandísimas gaviotas  
bajan y se callan  
indagando el horizonte,  
te evoco  
desde lejos,  
como de costumbre.

Llueve en Eastbourne,  
sobre las olas encrespadas,  
sobre los jardines,  
en mi garganta  
y en la enorme planicie  
de tu cuerpo tendido,  
de tu predestinado cuerpo,  
única referencia del deseo,  
estuario blanco de la ternura.

Yo te advierto  
a través de la ventana,  
del espacio en brumas,  
sosteniéndome  
delicada como un velo,  
alerta como el ojo del que acecha.  
Difundida entre las gotas,  
oigo tu voz  
que repite mi cansancio.

Desde la distancia gastada,  
te designo.  
Pueblo tus maneras.  
Rezo en tus labores.

Te hago sentir que llego  
con esa sed que aprieta  
aún en nuestros brazos.

En la precipitación plateada de las hojas.  
En la mirada de las fieras  
durante los metales de la noche.  
En la poderosa mirada de los amantes  
que parecen saberse.  
En la actitud de la rosa  
que tuerce su soledad en el ocaso.  
En la seriedad de un niño  
al que se le resquebraja un costado del mundo,  
late la pregunta.

En el fruto cayendo,  
en el anfiteatro de los pájaros  
sobre los hilos de la luz  
o en las manos que sellan su negocio.  
En los besos verdaderos,  
en los besos de oficio,

tiembla la pregunta.

Traspasa la pregunta  
los pulmones de las piedras  
que respiran luna y noche.  
A la multitud de la voz  
y a la luz última  
de la bestia que se muere.

A Dios mismo lo traspasa la pregunta.  
A Dios, que no es nada sin nosotros.  
Al enfermo que conoce de distancias.  
Al pez en la líquida panza de los truenos.  
Al que mira la flor.  
A ella que se sabe contemplada.

Y así la vida se monta sobre el tiempo.  
Y así la sed,  
vieja como una bruja,  
se inclina hacia una orilla

para beber de la cuenca inagotable  
de un signo de pregunta.





Con un panteísmo que tiene mucho de esperanza, he querido hacer circular a Dios en todos los seres. Siento —o creo que siento— que Él siempre transita ese aquí, ese infinito ahora que es el domicilio de la vida.

No pocas veces me ha sido dado percibir su paso en la constante ternura de mis amigos, en cada una de sus preciosas individualidades.

El sentimiento de la amistad ha sido el motivo de estos poemas que he escrito. Quieren, con todas mis limitaciones, pero también, si me es permitido, con toda mi divinidad de hombre, recordar esta otra manera del amor. Del amor que es la sangre del universo.

Incluyo a mi hijo y a mis hermanos con quienes he recibido la gracia de llegar al grado más alto de esas alegrías.



a Juan Manuel

Hijo,  
dame tu mano,  
dame tu voz y tu mirada  
cuando flaqueo.



a Martín

Que más puedo decirte  
que estoy desnudo  
y dispuesto.

a Gabriel

Gratitud por tu  
hogar encendido.  
Por tu abrazo.  
Por mi lugar en tu mesa.





a Rubén Gazzera

Al costado de las palabras,  
en el abismo del silencio,  
como una flor de otro mundo,  
late mi amor por vos.  
Y cuando se parta mi pecho  
(el que tanto cuidaste)  
se elevará tu nombre,  
motivo y materia  
de todo lo que pude dar.



a Gerardo Meyer

Sacudiendo las ventanas,  
estrellando  
piedras contra piedras,  
entre truenos irrumpe  
la sísmica carcajada.

Todo lo ocupa  
la impostada voz de ogro bueno  
mientras suelta la pisada  
de sus botas gigantescas como provincias.

Llega el alemán  
y abraza la distancia.  
De golpe,  
estupefacto,  
sopla la alegría  
en su cuerno germano,  
y a todos nos arranca  
risas como metralla.

En la punta de la mesa  
estampa la facha numismática  
de su heráldica cabeza,  
y amenaza a cada uno  
disparando su tibieza de azules latigazos.

Ya no habla de una herida  
ni de la tarde exangüe  
ni de la mordedura del abandono.  
El alemán se obstina en el afecto  
y sobre un campo que sangró  
exhibe sus tenaces margaritas.  
Desnuda su casa  
como si abriera una muralla.  
Cultiva niños  
proyectándolos al juego  
haciéndoles morder  
la gloria del espacio.  
Redobla apuestas por el sol de cada día,  
por el agua que no llega.  
Despliega dormitorios,  
multiplica platos,  
ensancha comedores.  
Hace poblaciones de cariño sucesivo  
de voces como guirnaldas.  
Y hacia la congregación airosa,  
a la ronda renovada de los besos  
que labra  
ardiendo  
entre cielo y copas,  
también  
va peregrinando mi alegría



## Hacia Zamora.

a Marcelo González

Trepaba el tren delgado  
cabeceando olas de piedra,  
ondas derramándose  
de pastos rudos,  
de pircas como tentáculos.  
Y fluía el cielo traspasado  
por tu recia energía de mimbre.

Empujó tu corazón  
hasta descorrer en una nube  
la húmeda cortina  
de la puebla de Zanabria.

Volvías buscando,  
me dijiste,  
el paso magnánimo  
de la abuela perdida.  
Aquella flor enjuta  
acallada y lejana  
que se vació en las voces roncadas,  
desde Montesinos a González,  
desde Piornedos a Aparicio.

Y llegaste.

Yo vi cuando llegaste.

Vi el sollozo.

Vi a la anciana del pañuelo  
confirmarte en el abrazo.

Vi

a los hombres,

a la afilada estirpe

de los tíos zamoranos

subir aquella cuesta.

Vos los llamaste resonando,

con un mudo tambor

batiéndole en las sienas.

Lejos, en el prado,

Porfirio y Bienvenido

sintieron que venías.

Y todo el pueblo que miraba

tembló en silencio

cuando volviste a abrir la fragua

de la esencia tu sangre.

Así manifestaste, aquella vez,

los recios surtidores

de tu esfuerzo.

Tu áspera fortaleza, Marcelo,  
nerviosa como un látigo,  
que escala,  
estribo  
a estribo,  
lo que ese ardor  
de pico y piedra  
va dictaminando.



Le delegó el sol  
ciertos quehaceres:  
la difusión de su aroma,  
la iluminación del sudor,  
elear árboles,  
engendrar tibias paredes.

Con la tierra se conocieron.  
Con su piel hizo arena y lombrices.  
Pero fueron también sus manos  
una garra de oso  
gozando la aspereza  
sobre las dóciles piedras.

De sus pulmones hondos  
soplaba un valsecito  
que él colgaba  
en todos sus trabajos.  
Era música de barrio su palabra,  
de todos los barrios del mundo  
y su manera  
un baile libre y discreto.

Pero como un algarrobo del monte  
fiero y silencioso  
socavaba  
el miserable discurso.

Y resplandecía como un niño  
al contacto con un niño.

Hasta el final,  
en cueros,  
él se encaramaba en los tejados  
y hacía ondear el sol sobre su espalda  
como un poncho infinito y amarillo.

Y vuelve el Tata.  
Vuelve para que besemos juntos  
a la infinita mujer  
que eternamente nos ama.  
Descansa a la mañana todavía  
sobre su roca mojada  
que a veces parece viudita en el río.  
Despega desde mi bota  
con una perdiz furtiva.  
Sigue resonando  
su "hace rato que no llueve"  
cuando en el pecho y en los vasos  
se nos acaba el vino.

Y contra el aceite del tiempo  
en mi brazo le aferra  
aún la cintura a la vida.



a Daniel Sánchez

Una vez,  
después de las largas noches  
en que archivamos la niñez,  
y aquella amistad rapaz  
donde relucíamos como aprendices  
de lápiz a la oreja.

Una vez,  
cuando en la travesía  
gruñía el cansancio  
y el corazón  
me reclamaba conversación y techo,  
de Cadaqués a Barcelona,  
hiciste tintinear la vieja llave  
y al abrazo cedieron los pestillos.

De par en par abriste tu valija.  
Había vino y fragancia,  
sonido de mujer,  
labios de mar, saliva de montañas.  
Me diste de tu plato  
y a sonrisas me mirabas consumirte.  
Sobre el borde de tu risa  
reía todavía  
aquel niño en nuestra escuela.

Ahora irradiabas,  
recolectando belleza,  
te zurcías en el pecho  
los ojos visitados,  
los países aprehendidos,  
la ráfaga de bocas, los lazos de las manos.

Esperabas el tiempo del regreso  
como un cacique de campaña.  
Este tiempo de reposo  
que afila las navajas.  
Estas serenas tardes reduciendo  
heridas que no cierran.

Vamos a zarpar de nuevo.  
No permaneceremos,  
no permaneceremos, no.  
No podemos, no.  
A vos te reclama ese cacique,  
ese afilado perfil de piedra  
que resumís en un anillo.  
A mí  
el porfiado cielo  
de alguna poesía.



Nos veremos sobre el puente  
donde se llaman las miradas  
y se ensancha la sonrisa.

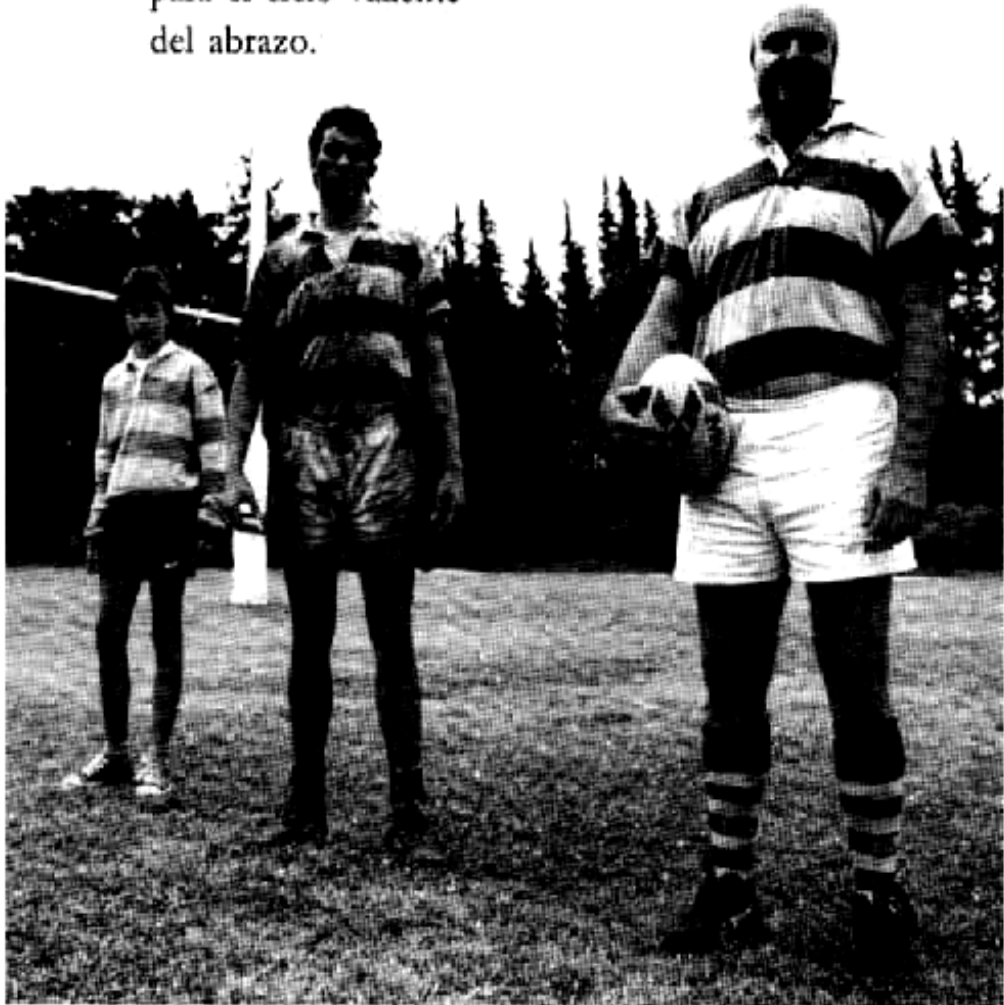
Un galope de chapa  
viene golpeando  
los platillos mellados  
de la frondosa mañana.

Frenando viene  
el aluvional batirse de  
de su camioneta tozuda.

Y entonces baja la armadura  
de su poderosa sonrisa.  
Lenta  
como un espinillo.  
De oficio pausado  
como una pala.

Viene a instalar  
el camino sencillo  
de su palabra.  
La claridad entre las hojas:  
el sereno decoro  
de su idea.  
La fraternidad inamovible,  
como una broca.  
El calor multiplicado  
en las insignes frutas  
de sus hijos.

Viene Enrique  
bajando la sierra  
con otro presente en la cesta,  
otro ladrillo compacto,  
con más leña noble  
que se sostiene,  
como una bandada en la lluvia,  
para el ciclo valiente  
del abrazo.



a Néstor Galarraga

Ya te raspaba la amargura  
desde niño.

Ya te esmerilaban el alma  
la rigidez del olvido  
y la pena muda  
del plato escaso

y te anclaste allí  
donde podías,  
sobre esas raíces abrazadas.

Endureciste nervios,  
cercaste las lenguas de la debilidad.  
Levantaste el canto,  
el canto que se abrió  
como una flor arrogante e indignada.  
Una flor lavándose,  
limpiándose en duchas frescas  
de rocío sucesivo.  
Subiste marcado  
de enseñanzas a porrazos  
Y sin embargo tu semilla  
resignó la mala carga,  
barrió la molicie de la cobardía,  
rompió la pinza del resentimiento.

La semilla de germen que sonaba  
como un voluntarioso contrabajo,  
encontró un compás,  
profundo y perfumado,  
y te llenaste de hijos.  
Tu augusta rebelión fue la entrega,  
te legaste  
como una cascada secreta  
a la opulenta turbina  
del proyecto,  
los trabajos,  
la alegría.  
Alguna vez tanto clamor  
amedrentó mi oído  
y temí el mortal encantamiento.  
Te rechacé buscándote,  
te odié desde el amor.  
Pero ahora sé.  
Ahora te acerco mi mirada,  
ahora mi paso te acompaña.  
Porque después de tanto atardecer,  
de tanta ciudad sin nombre,  
de tanta raída cafetería,  
del esfuerzo compartido,  
de la travesura robada,  
empezamos a brindarnos  
el dulce rellano del amigo.



a Jorge Kohan

No sabía,  
no.  
No estaba previsto.

Pero, quemándose,  
un vino repleto  
me partió la voz  
y me obligó a nombrarte

A vos primero.  
A vos  
que estás fundido en las arterias,  
en la alegría indomable,  
en los estandartes de tu palabra.

Y entonces se me ocurre  
imaginar la pedrería,  
el helado viento,  
el duro metal colado  
en la cordillera de tu sangre.

Se me ocurren tus rudas manos  
gobernando la nobleza,  
tu madera lastimada  
soltando honor como resina.

Curador de amigos,  
salvaje cirujano,  
león benigno,  
me bebo tu sonrisa  
anunciándose de lejos.  
Me bebo la copa  
de tu empeño interminable.

Con vos le planto cara  
a las hostiles agujas,  
al bocado amargo

y no me olvido  
lo que ambos tenemos reservado:  
esa mesa en que resuena  
la convicción de la ternura.





a Jorge Baralla

¿Por qué,  
hombre de la harina,  
no alzaste tu palabra?

¿Por qué,  
grano señero de la belleza  
no estableciste tumultuosas germinaciones?

¿Por qué,  
vos que extrajiste  
néctar del agua,  
vos que rendiste al aire  
como un alguacil dorado,  
vos que transcurrías de roca a roca,  
de rama a espacio,  
vos que brillabas disponiéndote  
con la precisión de los halcones,  
por qué, Jorge,  
apretaste tanta claridad adentro de la sombra?

Quizás enterrés vanidades.  
Quizás tu rosa no sea de este mundo,  
tal vez se rompa al revelarse  
tu huerto recatado.

Sin embargo,  
amigo,  
como puntal o como obrero,  
como escondite o confesor,  
ofreciéndote de mi substancia,  
me consagro.

Y aún en tu silencio  
de raíces prisioneras  
seguiremos conversando.



a Guillermo O'Keefe

Por encima del yugo de yeso  
quiere mirarse las piernas.  
Pero no puede,  
no puede.  
Sabe que el yunque impiadoso  
se las dejó maceradas.

Llora,

llora y decide.  
Decide y decide.  
Y nudo a nudo,  
clavo a clavo,  
con disciplina miliciana,  
con fuego en las pupilas,  
retoña sobre astillas.  
Suelta veredas de carne  
atando piedras.  
Y con un palo entre los dientes,  
camina.

Guillermo O'Keefe camina.

Lo veo en una playa,  
veo las muletas.



Lo veo volviendo.  
Buscando calor de nuevo.  
Tendiendo calor en el encuentro,  
rastreado la ocurrencia.  
Enojándose,  
cruzando navajazos  
con su cuchilla de madera.  
Enrolándose en la empresa,  
servicial y optimista,  
como un corcho.

Veo su trabajo minucioso  
de pájaro carpintero,  
su trabajo demoliendo  
la necia viga de la indiferencia.

Yo quiero a O'Keeffe,  
quiero a este irlandés de vino tinto,  
a este loco irlandés quemándose

y ya no me sorprende  
que aunque haya pasado el mediodía  
sigamos cantando como amigos.

a Alma Maritano,  
que doblega cerrojos

Hacia tus anchos postigos abiertos  
tendemos los brazos.  
Lo hacemos con la distancia  
del aire sobre las olas,  
con el respeto  
del fatigado por la sombra  
y la certeza tibia  
de una luna amarilla  
y la alegría  
de la música en la noche.  
Lo hacemos con la blandura  
de la sámara del fresno  
precipitándose al otoño.

En tus alrededores  
se encauza una sonrisa  
segura como los muelles,  
verdadera como un despertar.

Por eso nos sostenemos  
en la sobriedad constante  
de la esperanza de la lluvia,  
con vigas camaradas  
de palabras como armas.

Vertiente primera,  
abono de fuego,  
valuarte de espuma,  
que se abra siempre  
tu huerto fragante,  
tu almácigo de albahaca,  
tu apretada dulzura de guinda,  
para que podamos  
con dientes luminosos  
y ojos de amarra  
tenderte los brazos.



Flaco aguacil  
de ojazos asombrados.  
Picaflor alegre  
equivocando el baile con las flores.

Cachorro animoso.  
Anárquico justiciero  
de ojos benignos.

Se dirá que fue lo que debía,  
hasta aquel advenimiento  
en que el ardor,  
como un rudo taladro,  
empezó a morderlo,  
barrenándole las horas,  
arrasando los arbitrios  
que su vuelo de delfín no comprendía.

Y no fue condescendiente  
con el amor lavado y pulcro,  
con el cansancio,  
con las muecas y las máscaras.

De pronto  
se decidió extranjero  
y se fue,  
buscándose.

Desde entonces,  
con limpios ojos va trazando  
la trama de sus lunas,  
su casa y su lengua,  
su mar y su oficio.

El Laucha se esculpió  
en el canal de mi garganta,  
irrenunciable como un hijo,  
caliente como un compañero.

Yo bebo con El Laucha primitivo  
la cerveza de Primata.

Y sigo viéndolo volar,  
a veces demasiado,  
sobre las olas de Ferrugem.





Con las primeras claridades  
percibió el espacio  
y a caballo del agua  
atornillando alas a la vela  
se proyectó hacia su astro.

Y ahora va su altura  
merodeando planetas,  
trizando azul,  
raspando el cuero pardo del cetáceo,  
ondulando enérgico  
y plateado entre los peces.

Salta, salta  
y en la geografía del rugido  
cae  
alentando al agua  
como un cometa de escamas.

Y regresa mudo,  
con aire cerril  
de socavón olvidado.  
Chorrea en la dentadura,  
en los ásperos pies descalzos,  
insurrecta mercancía  
de cal incendiada,  
de sol cimarrón,  
de hosco viento bravío.

Vuelve hambriento  
de Pamperos y Mistrales,  
de arroz y compañeros.

Vuelve traduciendo  
el silencio como polen,  
imponiendo su franqueza trepadora,  
conscribiéndose a la búsqueda,  
intenso y constante.

Y si asolan los crujidos,  
su estatura delicada  
instaura la confianza.

Desliza su ecuación  
de solapado cariño  
por acuñarse donde debe  
y apuntalar la arboladura.



a Fernando Avogradini

¿Dónde nace,  
dónde está la primer vertiente vacilante  
del afán desmesurado  
que como lenguas infinitas de metal  
va raspándote los nervios?

¿A qué combinación sucede  
tu terca minería?

¿Qué conspira en la marmita  
de tu vigilia prodigiosa,  
en la última trastienda  
donde tu alma se desnuda?

No podré saberlo.  
Nadie puede.

Pero tu bondadosa estela  
surca la jornada agotadora.  
Cuaja en tu melancolía optimista,  
en el valor de estrella  
que das a lo que nace  
desde el pecho hacia las manos.

Y a las suavidades de  
de tu modesto silencio,  
de tu palabra imprecisa,  
de tu hilarante contradicción,  
vamos retirándonos.

Y cuando te llamamos,  
y en tu mirada sin cifra,  
cede algún destello,  
ya no nos asombra  
que vos también

nos estés amando.

MUNICIPIO  
DE  
ROSARIO



a Domingo Pablo Tierz  
«El Zorro»

Y lo fuimos dejando solo,  
un poco cada uno.  
Lo vimos intentarlo,  
caer e intentarlo.

Y lo fuimos dejando solo.

¿Qué última soledad conociste, Zorro?  
¿Qué infinita oscuridad estabas explorando  
cuando explotaron las estrellas?  
¿De qué lejanía, de qué muda arcada,  
de qué aullido sofocado huiste  
cuando saltaron las luces de tu alma?

Todavía quedan  
las tímidas ondas  
de tu sensibilidad anónima,  
de tu comentario paralelo,  
de tu amor difícil,  
de tu extraño código.  
Todavía queda  
el rastro de tu esfuerzo  
y tu corazón de piedra transparente  
tu corazón de pájaro equivocado  
que lloraba con otras voces.

¿Qué viste luego del último camino,  
luego de las últimas cuadras  
que para siempre te alejaban?  
¿Qué descubriste en el último recodo?

No me cabe tu dolor  
cuando nos dijiste adiós  
a los que amabas tanto.

¿En qué cielo verde volás ahora,  
mientras repetimos cansancios?  
¿Qué alas encontraste  
cuando te rompiste en aquella nota aguda?

En una aguda nota de guitarra,  
hincó el viento contra el mar  
el instante de tu partida.

Es tarde, es tarde.  
¿Quién pudiera traerte ahora?

Febrero de 1994.

a Roberto Moya

Mientras ella renovaba mis caricias  
sobre la espuma de la noche,  
mientras nos descolgábamos juntos  
como alegres lunáticos  
entre cornisas azules y rojas.  
Mientras traspasábamos la altura sin aire  
por encima del sol,  
sobre rocas lustradas como estrellas  
y nos perdíamos entre herrumbrados toboganes  
donde pasa el viento de hierro,

él  
restallaba como lava,  
alumbrando las suaves oquedades  
de la mujer que lo esperaba.

Él  
ponía a latir el valle anaranjado  
  
y ahora anda labrando su Carina  
la única gracia verdadera,  
la justificación incontestable,  
  
el hijo.

El hijo.  
Espejo,  
rayo duplicado,  
brote de los huesos,  
emblema de la risa,  
fuente de palomas  
en el pecho de la lluvia.

Ahora su voz y la de ella,  
su boca y la de ella  
desentierran la corriente  
del credo más benigno,  
liberan las esclusas  
del agua religiosa.  
Dan su beso y su saliva  
al árbol del aliento.

Ahora desbaratan sepulturas,  
hacen añicos el silencio,  
celebran el aire en sus banderas.

Ahora son  
en la cima del asombro  
voz y boca  
y manos nuevas.





La alegre racha  
de una sonrisa  
aflora al saltar tu nombre  
como la liebre  
entre los pastizales.

De allí viene.  
Del sol de abril,  
campestre y firme.

Se me hace tibieza la tarde  
cuando nos veo  
atravesando los rastrojos amarillos.

Mi pecho y mis ojos se ensanchan  
al lanzarme sobre las cataratas  
de tu tremenda voz.  
Corro por tus palabras preñadas,  
por el torbellino elemental  
de tus ideas.  
Antonio,  
héroe antiguo  
arrostrando mitos  
en tu poesía encarnada,  
en tus versos copiosos,  
hechos de sudor,  
de jornal y de orgasmo.

En tu alma converge  
un mercado palpitante  
de bestias feroces,  
de surtidores sangrientos,  
de flúidos,  
de misteriosos ritos,  
de amor doloroso.

Reíncido en tu huerto  
recogiendo frutos a manojos  
y los cargo en mis alforjas.

Y en cada botón vibrante  
de mi propia poesía  
también está tu testimonio



a Carmen Araya

Carmen Araya es negra,  
es mestiza.  
Carmen Araya no es rubia,  
no es blanca  
Tinta coagulada chorrea  
su corazón violeta.

Su corazón violeta  
coagula tinta y chorrea.  
Pero entabla centellas  
de petróleo pulido.

De bruñido petróleo  
entabla centellas  
al darse vuelta y mirar,

Carmen Araya

Afronta rigida el viento  
sobre la proa de un beso.

Encaramada en un beso  
enfrenta la ráfaga  
y un grillo cansado  
se duerme en su pecho.

La luna sufre rubores  
frente al pecho moreno

de Carmen Araya.

Dos tenazas de pluma  
entre jardines y niños  
le buscan las manos.

Dos tenazas de pluma  
le buscan las manos  
y amasando en la mesa  
derrama su abrazo

Carmen Araya.

Dos tenazas de pluma,  
un largo soplo de plata,  
un aguacero de menta  
le curvan los ojos,  
le curvan la boca.

Un soplo largo de plata,  
un aguacero de menta

cuando se ablanda y sonrío,

Carmen Araya.



a Pino Issachi

Ya casi son dos años de mirarnos  
en los afables jueves por la tarde,  
durante esa licencia que la tarde  
consiente a nuestro empeño de mirarnos

con algo de secreto, con dulzura  
que yo me sé o quiero figurarme,  
con esa vocación de figurarme  
que en mí también se tiende la dulzura

de tu lenta mirada que no alcanza  
a la serena lluvia de la risa.  
Modo ancho de decirme que tu risa  
cedió ante la otra lluvia que te alcanza,

la de esa soledad que vos quisiste  
convertir en usina de alegría.  
Sabías que iba cierta tu alegría  
de luna, hacia los tantos que quisiste.

Dos años de situarnos frente a frente.  
Yo, sentado a la mesa que es mi puesto.  
Vos, sobre la pared donde te ha puesto  
la que un beso colgó sobre tu frente.

Y ahora soy el hombre y vos el cuadro  
de ese hombre que a su modo aún me habla  
justo en el mismo espacio donde habla  
el que soy, que también tendrá su cuadro

en alguna pared o algún instante  
del que quiera apuntarme en su recuerdo.  
Sostendrá algún amor ese recuerdo,  
tan hondo y tan fugaz como un instante.

Igual quiero inscribir nuestra mirada  
en el agua del tiempo que no cesa  
de apagar mi deseo que no cesa  
de enfrentarle a la muerte la mirada.



No sin una incierta vergüenza,  
debo decir  
que Ebel me llaman.  
Me hubiese gustado  
que me gustase ese nombre,  
aunque tengo otros,  
como todos.  
Lamento como un anciano,  
haber fallado el camino  
tantas mañanas.  
No haberme rendido  
a la alta paz de los servicios.  
Ser presa  
del pensamiento torvo,  
del acto necio.  
Haber participado de torcidos discursos.

Pero yo soy el que lucha  
y con los brazos tensos,  
hombre me proclamo  
y me recreo en el cansancio.  
Siento hambre en las venas,  
aferro la herramienta,  
me tomo de la risa,  
le grito al horizonte, a la huella que se abre.

Voy por el proyecto,  
por el nogal recién nacido,  
por los ojos de mi hijo,  
por la fuerza de tu cintura.

Soy el que se levanta, soy el que declina.  
Otros corazones me repiten  
y seguimos.

Edgardo Erwin Eloy  
y como todos, más aún.

Hombre me declaro,  
empecinado de amor.

Con deudas pendientes,  
con faenas inconclusas,  
con la alegría de ir  
de mi boca a tu mirada  
y de tus frondosas palabras,  
volver edificado.







## ÍNDICE

### caballo de las horas

|                                   |    |
|-----------------------------------|----|
| Prólogo, de Jorge Isaías.....     | 7  |
| I.....                            | 9  |
| II.....                           | 12 |
| III.....                          | 13 |
| IV.....                           | 17 |
| V.....                            | 19 |
| VI.....                           | 21 |
| VII - Saigón.....                 | 23 |
| VIII - Saigón II.....             | 26 |
| IX.....                           | 28 |
| X.....                            | 30 |
| XI.....                           | 32 |
| XII.....                          | 33 |
| XIII - No me enojo.....           | 34 |
| XIV.....                          | 36 |
| XV.....                           | 39 |
| XVI.....                          | 40 |
| XVII.....                         | 42 |
| XVIII - Nueve claridades.....     | 44 |
| XIX - Hagamos un viaje.....       | 47 |
| XX - Buzios V.F.....              | 49 |
| XXI.....                          | 51 |
| XXII.....                         | 53 |
| XXIII.....                        | 55 |
| XXIV - Helsinki.....              | 58 |
| XXV.....                          | 60 |
| XXVI.....                         | 62 |
| XXVII.....                        | 64 |
| XXVIII - Cristine Dorothea.....   | 65 |
| XXIX.....                         | 68 |
| XXX.....                          | 70 |
| XXXI.....                         | 71 |
| XXXII.....                        | 72 |
| XXXIII - Tempestad en el mar..... | 74 |
| XXXIV - Eastbourne.....           | 76 |
| XXXV.....                         | 78 |

## El agua del viajero

|  |     |
|--|-----|
| <i>Con un panteísmo</i> .....                | 85  |
| a Juan Manuel.....                           | 87  |
| a Martín.....                                | 88  |
| a Gabriel.....                               | 88  |
| a Rubén Gazzara.....                         | 89  |
| a Gerardo Meyer.....                         | 90  |
| Hacia Zamora - a Marcelo González.....       | 92  |
| a Martín Balma, mi abuelo.....               | 95  |
| a Daniel Sánchez.....                        | 97  |
| a Enrique Ortega.....                        | 99  |
| a Néstor Galarraga.....                      | 101 |
| a Jorge Kohan.....                           | 103 |
| a Jorge Baralla.....                         | 105 |
| a Guillermo O'Keeffe.....                    | 107 |
| a Alma Maritano, que doblé los cerrojos..... | 109 |
| a Gonzalo Martínez.....                      | 111 |
| a Leo Ferrari.....                           | 113 |
| a Fernando Avogradini.....                   | 115 |
| a Domingo Pablo Tierz.....                   | 117 |
| a Roberto Moya.....                          | 119 |
| a Antonio Ferrero.....                       | 121 |
| a Carmen Araya.....                          | 123 |
| a Pino Issachi.....                          | 125 |
| <i>No sin una incierta vergüenza</i> .....   | 127 |
| Índice.....                                  | 131 |

Se terminó de imprimir  
el 20 de agosto de 2002  
en los talleres gráficos  
de Editorial Ciudad Gótica